

EL EXTRANJERO
ANTONIO SOLER

El indeseable deseado

Al final sí, los inmigrantes se comen los perros y los gatos de los honrados americanos



Es John Wayne recién salido del tinte, un Berlusconi catapultado al otro lado del océano. Un convicto a espera de 34 sentencias. Y es nuestro jefe. Chulea a las nenas, le disparan en la oreja, desenfunda la lengua y dice que lo ha elegido Dios para redimirnos. Para redimir América y de paso a los parias que andamos en este museo flotante que para él es Europa. Museo con telarañas. Wall Street era una fiesta. El pistolero ha vuelto a la cantina e invita a whisky a su corte, previamente enriquecida.

Difundidores de bulos, granjeros soñando con un país que nunca existió, chicanos de tercera generación que escupen sobre la tumba del abuelito. País de inmigrantes renegando de los inmigrantes. La Gran América, sí, esa que hemos visto pasar ante nuestros ojos río Mississippi abajo, los campos de Pensilvania cubiertos por un manto de kilómetros y kilómetros de manzanos en flor. La lluvia de pétalos que flota por las calles de Georgetown en los días cálidos de primavera. Gran país. Tan grande que es capaz de albergar los roedores más grandes del mundo, estén teñidos de amarillo y luzcan corbatas de metro y medio o anden todavía horadando el suelo, navegando por el alcantarillado en busca de su mesías. Aquí lo tienen. Tan dorado como las columnas de su mansión. Tan alto como el más alto de los becerros de oro.

Al final sí, los inmigrantes se alimentan de mascotas. Se comen los perros y los gatos de los honrados americanos. Así lo han decretado las elecciones. Se puede asaltar el Congreso. Es legítimo si te dan un tiro en la oreja. Te puedes llevar documentos secretos de alta seguridad al garaje de tu casa si eres millonario y le escupes por igual, muy equitativamente, a las mujeres y a los puertorriqueños. Al final los patriotas te lo agradecerán con su voto, su pancarta y su entusiasmo. Los amish del condado de Lancaster, esos que venden artesanía y visten de luto a sus hijos, los que reniegan del progreso y la tecnología, se dejan llevar por la corriente de las patrañas difundidas por internet. Aspiran a la pureza y ahí la tienen. Seis pies y tres pulgadas, 215 libras de pureza. El ídolo bíblico. El adventista, el metodista, el evangélico y multiusos Donald Trump. Cuánto mejor un bulo que una noticia, cuánta más vida hay en el recuerdo de un país que nunca existió –esa América levitando sobre el planeta– que en la dura corteza de la realidad. Se alegra Kim Jong-un, se alegran Puti, Orban y Netanyahu, toda esa corte de los milagros, ese santoral del nuevo mundo que asoma allí, por esa esquina inflamada del mundo, y que además de un fulgor dorado emite un profundo olor a azufre.

LA TRIBUNA

Negar el cambio climático

JOSÉ MANUEL MORENO

Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de España. Exmiembro del Panel Intergubernamental de Expertos en Cambio Climático

La temperatura media superficial de la Tierra ha aumentado en casi 1,4 grados. Este calentamiento antropogénico acelera el ciclo hidrológico, al aumentar la cantidad de vapor de agua que retiene la atmósfera (un 7% por cada grado), lo que incrementa el efecto invernadero y la lluvia extrema. Las lluvias intensas han aumentado en el mundo y lo seguirán haciendo conforme aumenta el calentamiento global.

La corriente en chorro polar es una banda estrecha de fuertes vientos en altura que sopla de oeste a este y circunvala el hemisferio norte. Su origen está en la diferencia de temperaturas entre los polos y las latitudes inferiores y en la rotación de la Tierra. Su intensidad no es constante y a veces se ondula y forma meandros que se desgajan y aíslan de la circulación general, formando lo que conocemos como DANA (Depresión Aislada en Niveles Altos).

Cuando una DANA contacta con el mar Mediterráneo se da la colisión del aire húmedo ascendente con el frío en altura, lo que ocasiona lluvias torrenciales. La temperatura media del agua durante buena parte del verano ha superado los 28 grados, con un incremento medio de casi dos grados frente al clima pasado. El mar ha seguido recalentado durante el otoño. Las altas temperaturas incrementan la evaporación de agua, favoreciendo las intensas lluvias. El 29 de octubre se registraron 179 l/m² en una hora en la localidad de Turís (Valencia), y durante el día cayeron más de 600 l/m². Para que se hagan una idea de lo que supone tal torrencialidad, ese día, en el campo de fútbol de la localidad pudieron caer 4,3 millones de litros de agua, agua que buscó su salida a través de barrancos y ríos cuyos cauces han sido rigidizados por las construcciones adyacentes y reducidos a su mínima expresión. Se ha estimado que en el episodio de este año la lluvia pudo ser un 12% mayor que en el cli-

ma del pasado. No extrapolen ligeramente; los daños suelen multiplicarse conforme aumenta la intensidad del evento. El cambio climático seguirá aumentando la temperatura del mar, al tiempo que puede debilitar la corriente en chorro, elevando la probabilidad del fenómeno DANA.

El riesgo surge de la interacción entre el peligro meteorológico o climático con otros dos componentes: la exposición y la vulnerabilidad. Hemos aumentado la exposición al riesgo hidrológico al construir asentamientos en los sitios inundables. Otro tanto ocurre con la vulnerabilidad. La imagen de unos ancianos en su residencia, sin poderse mover conforme se inundaban, lo que les costó la vida a algunos ellos, ilustra bien de lo que hablo. El peligro no podemos cambiarlo, la exposición y la vulnerabilidad sí, pues son constructos sociales. Cambiar lo que ya está hecho no es sencillo, pero una primera conclusión es que no puede haber ni una sola construcción más sin pasar por el filtro riguroso y basado en evidencias científicas del riesgo hidrológico bajo el cambio climático. De igual manera, toda autoridad al mando de la gestión del riesgo debe conocer al detalle las vulnerabilidades del territorio y la población que administra, para centrar su acción sobre ellas ante un riesgo inminente.

Es urgente adoptar las medidas que eviten el desastre en el contexto del cambio climático en que vivimos. Los gestores del riesgo de desastre las conocen (o deben conocerlas), y abarcan el antes (prevención), durante (mitigación) y después (recuperación) de la emergencia.

El Marco de Sendai para la Reducción del Riesgo de Desastre de las Naciones Unidas, firmado por España, determina lo que los distintos actores deben hacer. La mayor responsabilidad de la gestión del riesgo recae en la administración pública encargada de ello. Pero esta no podrá hacer todo, porque en un desastre las necesidades se

multiplican y no hay país que esté preparado para actuar al minuto con todo lo necesario.

Por ello, hay que empoderar a todos los que puedan verse afectados por el riesgo, como ayuntamientos, el sector privado y otros interesados, incluyendo a la ciudadanía. Una medida barata de implantar es disponer de una adecuada estrategia de formación e información para quienes viven expuestos al peligro hidrológico. Ante una emergencia, los afectados deben saber cómo tienen que haberse pertrechado y preparado y cómo actuar. Dentro de la gestión del riesgo de desastre, una medida crucial es la alerta temprana. La ciencia ha batallado para disponer de herramientas que pudiesen predecir el peligro. Para los huracanes o lluvias extremas la alerta temprana es posible hasta con días de antelación. No es concebible que no se dé la alerta cuando se dispone de información fehaciente, y se prepare a la población para afrontar el riesgo inminente.

La ciencia del clima y el cambio climático es robusta, digan lo que digan los bulos. La predicción meteorológica a corto plazo es certera para guiar la gestión del riesgo. Como en la Covid-19, la ciencia permite protegernos de los peligros que nos acechan. Es desolador que tantos de nuestros representantes, algunos en puestos de alta responsabilidad, sigan cuestionando la ciencia.

Otros no la cuestionan, pero le ponen sordina, aceptando el cambio climático siempre que no se exagere. ¿De verdad alguien está exagerando? Sepan que al ignorar lo que sabemos que puede ocurrir y no actuar en consecuencia serán responsables de magnificar el desastre.

Lo ocurrido estos días debería hacer reflexionar a quienes sin fundamento niegan la evidencia científica y hacerles aceptar que el cambio climático acrecienta los desastres naturales que nos afectan. Cuando antes lo hagan, menos sufriremos.

GOLPE DE DADOS
ALFREDO TAJÁN

Los extrañados de Freire



La escritura de Jorge Freire, madriño del 85, se va haciendo en el hacer, como un poema de Haroldo de Campos. Jorge fulgura en la reflexión y se refocila en el desasosiego que la curiosidad le provoca. Quizá este filósofo, ya celebrado por una inmensa minoría, puede adoptar hoy mismo la máxima de otro fugitivo de oro, mi cancerbero predilecto, el inefable Jean Cocteau, dandi eléctrico: «Soy el escritor famoso más desconocido». Y es que Jorge Freire se introduce en la piel de los personajes que aborda y borda, obsesionado con sacarle los colores a Wodehouse, a Bergamín, a Wharton y a Blasco Ibáñez, colegas que no hicieron sino deslizar por la cuerda floja de la existencia, buscando su lugar o borrando sus huellas, haciendo malabares con otros compañe-

ros de viaje y con la existencia misma. La irritación pacífica de Freire, suerte de oxímoron con patas, problemático, inteligente y febril, se manifiesta a través de una prosa ágil y cincelada, porque Freire es el factótum de un género híbrido, hacedor de rumores de alta literatura, emulsión entre la narrativa y el ensayo. Sin ir más lejos, la voz del novelista satírico bobalicón llamado Pelham Grenville Wodehouse se oír en la radio nazi «transportada por ondas hertzianas y atravesando los filamentos de tubos de vidrio». Jorge ya escribía bien cuando lo conocí, todavía más joven, en la época de su espinosa biografía de Arthur Koestler: Koestler antes y después del Congreso de Berlín, en el que la CIA dirigía la batuta del otrora comunista y posterior suicida; otra de sus biografiadas, la nada ino-

cente Edith Wharton, también hacia de las suyas en la mente de nuestro protagonista, que adora hurgar en hogares acolchados, el Remsenburg de Wodehouse, o en las casonas ideales que Wharton diseñaba con objeto de materializar las atmósferas narradas por su mentor Henry James. Freire, además, trata al espinoso católico y proterrorista poeta José Bergamín, malhumorado, tan furibundo en sus oraciones como en sus diatribas contra la institución, con todo el respeto que se merece. Porque en ocasiones la pluma –insiste el autor– es más peligrosa que la espada. En definitiva, el escritor de ‘Los extrañados’ –Libros del Asteroide– es un divino impaciente, bondadoso y nítido, que sólo critica lo que conoce y que traspasa fronteras, géneros y estilos. En ese no lugar es donde habita ese pensador perspicaz y brillante llamado Jorge Freire, que además, y lo siento mucho por mí, escribe como los ángeles. Compren esta joyita y no se sentirán extrañados, sino mecidos por el vaivén de unos héroes que, como Blasco Ibáñez, cultivaba el folletín para que el público se olvidara del arroz y de la tartana.